

## De Picasso a Paillaco

**E**n 1991, llegué a la Escuela sin saber muy bien porqué: no sabía dibujar y mis intereses en esa época eran muy variados, ya que quería ser muchas cosas. En esos años para poder entrar había que pasar por un examen bastante singular: aparte del puntaje correspondiente a la Prueba de Aptitud Académica, era necesario dar un examen de dibujo que se tomaba en verano, en un liceo de Valparaíso, cerca de la Casa Central. Dos semanas antes del evento me preparé con una profesora de artes plásticas para aprender a tirar algunas líneas que no fueran garabatos.

El día del examen, la presión consistía en que de los casi 900 postulantes que se presentaron, solo 300 pasarían a la etapa siguiente. Ahí estaba yo, y me parecía estar rodeado de gente que dibujaba de manera extraordinaria, aplicando distintas técnicas, haciendo ver todavía más feos mis pobres dibujos, que parecían hechos por un cabro chico. Pensé que no habría forma de quedar seleccionado, pero entonces alguien nos dijo que teníamos que «ver más allá de lo que estábamos dibujando», y se me ocurrió anotar al margen de la hoja algo que relacionaba el dibujo a otra cosa, y lo entregué sin ninguna esperanza. Cuando fui a ver la lista de seleccionados —con el pasaje para volver a mi casa en el sur en el bolsillo—, mi nombre aparecía en la nómina: ¡no lo podía creer! Y los tipos que dibujaban extraordinario no habían quedado...

Al día siguiente me tocó pasar por la segunda y no menos intimidante parte de la prueba: la entrevista personal ante una comisión formada por Sylvia Arriagada, Manuel Casanueva y Alberto Cruz. Estaba muy nervioso. Me preguntaron si conocía algún arquitecto y les dije que no, a ningún artista, con suerte a Picasso. Entonces Alberto dio un giro

y me preguntó cómo era Paillaco, y le respondí que las casas allá tenían forma de lluvia. ¿Cómo es eso de «con forma de lluvia»? Para recibir la lluvia constante, contesté. En ese momento no sabía explicarlo, pero me vi pasando de un tema a otro con toda soltura, desde el moho que se forma en la madera, a las calles sin pavimentar. Volví a pasar la prueba y quedé en la Escuela con el puntaje mínimo, fui casi el último alumno de la lista.

Después eso de no entender se volvió una constante; la sensación de estar siempre en el limbo. De hecho, en la primera clase que tuve con Claudio Girola en el Taller de América (su labio leporino aumentaba la dificultad de entendimiento), se convirtió en un gran misterio para mí, el cual se dilucidó poco a poco a medida que me acostumbré a su voz. Esas clases eran memorables, que Claudio preparaba con sumo cuidado, con hojas escritas a máquina y ordenadas en unas carpetas muy elegantes, que nos entregaba como pauta. Creo que todavía las conservo en algún lado.

Luego de casi 25 años que egresé de la Escuela, ese «no entender» permanece intacto como perplejidad o asombro ante el mundo. Y como un desafío que va desde el «no saber» al «saber», sin ser este un propósito en sí mismo. Casi un método, donde la poesía encuentra tierra fértil en el proceso que se aborda desde cada oficio.

Pedro Palma Casanova